

La civilización preincásica y el problema sumerológico

Al Dr. Antonio Sagarna.

El lamentable espíritu de aislamiento que, a consecuencia de las influencias clásicas del Renacimiento, ha prevalecido hasta aquí en la investigación histórica europea, ha sido causa de que alguno de los problemas fundamentales que afectan la comprensión de la marcha evolutiva de la civilización, fuesen encarados con criterio tan estrecho como inadecuado. El Renacimiento, encuadrándose rígidamente en el marco de la tradición cultural grecorromana, no podía transcender el universo de Tolomeo, ni transponer los límites del mundo de Plinio y de Estrabón. La cultura moderna, a su vez, hija directa del Renacimiento, peca por la misma estrechez de visual. En lugar de abarcar en visión panorámica el pasado de toda la humanidad como algo solidal, armónico y orgánico, persiste en el exclusivismo empobrecedor de considerar a Europa, o mejor, a la parte occidental de Asia, como el único centro originario de la organización humana primitiva.

Y así resulta que para el investigador europeo, América, quiero decir la América pre-colombina, sólo existe como curiosidad etnográfica. Con cuanto desmedro para el conocimiento de la prehistoria es fácil verificar. Para ciertas cuestiones, empero,, ese criterio es sencillamente desastroso.

Tomemos como ejemplo el tan zarandeado problema sumerológico: de haber sido estudiado sin hacer prescindencia de este continente, la luz orientadora habría, tal vez, brotado. Con esta ventaja: que las mismas civilizaciones americanas pre-históricas se nos presentarían hoy bajo una envoltura menos enigmática y más accesible.

Véase, sin ir más lejos, como trata el asunto el orientalista alemán Fritz Hommel en su tan apreciada *Geschichte Babyloniens und Assyriens* (Berlín, 1885, págs. 241-245, 261-280). Por poco que se siga con atención la discusión del problema, no se tardará en caer en la cuenta de que, de haber él ampliado su visual abarcando el continente americano, con especial atención al grupo de sus lenguas autóctonas, habría llegado con toda seguridad a los resultados satisfactorios y acaso decisivos, que bien se hacen desear en su obra.

Para él, en efecto, el origen súmero no semítico de las grandes civilizaciones del Asia central, está fuera de toda duda. No le impresionan las paradojas de Joseph Halevy, judío-francés, empeñado en atribuir preponderancia absoluta al elemento semítico en el desarrollo de dichas civilizaciones. Pero helo aquí preguntándose: ¿de dónde llegó al Asia central ese pueblo misterioso que echó los cimientos de una de las más maravillosas civilizaciones cuyo recuerdo haya llegado hasta nosotros, para desaparecer en seguida pulverizado y absorbido por la oleada semítica que sacudió todo el mundo prehistórico?

Su respuesta, de conformidad con el buen método histórico, se basa en el testimonio filológico; mas, sin discutir la habilidad y el talento con que lo hace, vemos, sin embargo, que se desorienta lamentablemente por desviar sus mismas premisas del camino de las deducciones lógicas que permiten.

En dos palabras, he aquí el núcleo de su razonamiento.

Por de pronto existe, según él, en súmero un vocablo "kar" (en turco *yer*) que, tanto en la forma súmera como en la turca, significa "región", mas en seguida observa que dicha palabra tenía, además, en súmero, la acepción de "montaña" y también, nótese este dato de suma importancia, la de "oriente o este", significado, este último, perdido totalmente en turco. El profesor Hommel admite que hay aquí una bien clara indicación de que, una vez establecidos en el centro del continente asiático, conservaron la tradición de que su lugar de origen había sido en las "montañas del este". Inferir sobre este solo dato que las "montañas del este" estaban fuera de Asia,

lejos de todo contacto con el occidente europeo, separadas de la notoria morada de los súmeros por dificultades enormes de vialidad, resultaría ciertamente audaz y poco fundado. Pero he aquí que el mismo profesor Hommel se encarga de proporcionarnos en este respecto, elementos de juicio que me parecen de todo punto decisivos y convincentes.

Reconoce, en efecto, que “hay también una alta significación en el hecho que ellos originalmente no conocieron ni el león, el caballo, la vid (y de consiguiente tampoco el vino), ni la palmera, pues no tenían nombre para ellos, y llamaban al león “perro grande” (*nug magh*), al caballo “asno montañés” o del oeste, al vino “bebida de vida (*gishtin de gash-tin*), y la palmera “árbol de Magan” (*mis-magan*) o “lo alto” (*ugin*, en su forma semítica *musukannu*).

Henos aquí ante un hecho bien extraordinario: ante el hecho de un pueblo numeroso y muy inteligente que sienta sus reales en el corazón del Asia, y llega allí con la estupenda ignorancia del *león*, del *caballo*, de la *vid* y de la *palmera*. Y henos también ante la asombrosa limitación mental del sabio orientalista que nos proporciona el dato, quien, para no abdicar de la manía que lo tiene atado al camino ordinario de la historia clásica, trata de explicar ese fenómeno haciendo provenir los súmeros de las regiones del norte o de los alrededores del mar Caspio donde, dice, no se conoce el *león* ni la *vid*. Es notable, en verdad, la facilidad con que hombres eminentes en una rama científica se resignan con explicaciones de todo punto insostenibles y hasta absurdas en la solución de las dificultades que se les presentan en el desarrollo de una investigación. ¿No resulta, en verdad, digno de atención que el profesor Hommel se conforme con atribuir a los súmeros orígenes nórdicos o, peor aún, caspianos, para hallar la razón del desconocimiento que ellos demuestran de animales en aquellas épocas ampliamente difundidos en toda la tierra conocida? Que en el Asia del Norte y en las cercanías del mar Caspio no existiera el león ni la vid, puede pasar, caso de haber sido cierto: que buena

falta hace probarlo, especialmente en lo que a la vid atañe. Pero y el caballo? Esto sin contar que la no existencia de un animal, especialmente si es feroz, como en el caso del león, en determinada latitud, de ningún modo implica para las gentes que allí viven una ignorancia tan absoluta acerca de él como para no conocerlo siquiera de nombre. Ni es tampoco necesario recordar que justamente el león y el caballo — los monumentos nos lo enseñan de cien maneras — superabundaban a la sazón en toda Asia y buena parte de Europa. El caballo, después, era ya un animal indispensable aún en las civilizaciones más rudimentarias de la parte norte del continente.

Es, pues, menester salir resueltamente de todo el mundo conocido en la antigüedad, para encontrar esa región del *este*, esas *montañas*, ese *kar* absolutamente desprovisto hasta de la noción de animales que, algunos al menos, en el continente asiático y en su apéndice europeo, se hallaban ya en estado doméstico. Otra circunstancia que hay que tener bien en cuenta es esta: para que los súmeros pudiesen dar origen a una civilización de tipo ya tan superior como la que encontraron y perfeccionaron los semitas posteriores, debían contar indefectiblemente con una tan larga tradición evolutiva como para hacer imposible suponer que no llegase hasta ellos la noción de animales comunes en regiones poco alejadas, y fácilmente accesibles para viajeros, mercaderes, y ejércitos en campaña. Recuérdense los elefantes de Pirro en el sud de Italia, y los de Aníbal nada menos que sobre los Alpes.

Pero hay más: hemos visto como el profesor Hommel insiste en la afinidad de las lenguas súmera y turca. ¿Por qué? El mismo se encarga de contestarnos. Porque la lengua súmera pertenece al grupo de las turco-mogólicas, de las que derivan la yacuta de Siberia (nótese bien), la mogola, la buryeta y la kalmuka.

Ahora bien: si la lengua que hablaban los súmeros era del tipo mogólico, vemos aquí luminosamente indicado el origen de ese pueblo misterioso el cual, por vía de Siberia u otra análoga, hubo de emigrar al Asia desde el Oriente, desde el "kar" o re-

gión montañosa en la que jamás desde los tiempos prehistóricos habían sido conocidos el *león*, el *caballo*, la *vid*. ¿Necesitamos nombrar esa región? Es América, y precisamente esta América meridional: el territorio montañoso, correspondería a nuestra soberbia cordillera andina.

Esto explica otra particularidad consignada por el profesor Hommel y que él no ha podido poner en claro. En las figuras humanas halladas en estatuas, cilindros-sellos, motivos decorativos, etc., el tipo predominante es extraño en absoluto a la etnología asiática, presentando, y la observación pertenece al mismo profesor Hommel, dos signos característicos: ausencia de barba y pómulos salientes. Pue bien: ¿quién pondrá en duda que estos signos característicos son peculiares del autóctono sudamericano? Cualquiera, después, que tenga algunos conocimientos de la somatología indígena americana, reconocerá en el acto sus características en las dos cabezas típicamente súmeras de la época de Gudia, reproducidas por Hommel, como también en las figuras sentadas en el zócalo del vaso de Tello, y sobre todo en la famosa estatua de la mujer súmera, del más puro tipo guaraní.

Afirmo, pues, que el problema sumerológico ha de encontrar la clave de su solución en la América prehistórica, y no, de ningún modo, en la misma Asia.

Empero, si las evidencias de carácter filológico y etnológico pueden dejar abierto el ádito a la duda, en cambio hay otras evidencias de carácter más amplio, evidencias internas y que abarcan un vasto radio en la formación y evolución de la civilización que estudiamos, cuya fuerza argumentativa difícilmente podrá ser invalidada.

Sabido es, en efecto, que la verdadera originalidad de la civilización centro-asiática ha sido la súmera, y que los semitas conquistadores posteriores nada han hecho que no fuera asimilarla y adaptarla a su propio temperamento espiritual y social.

Si, pues, la primitiva civilización súmera presenta caracteres de afinidad inconfundibles y bien definidos con la civilización primitiva de América, tres hipótesis se pueden presen-

tar: a) o bien ambas civilizaciones provienen de una fuente común anterior; b) o la americana deriva de la asiática, como alguien ha supuesto; c) o, por último, la asiática deriva de la americana, como sostengo.

Que ambas deriven de una fuente común, no sería imposible. Pero esta fuente tendría que ser forzosamente a su vez americana y carente de la noción de *león*, *caballo*, *vid* y *palmera*, y entonces mi tesis resultaría doblemente reforzada. Que, después, la americana derive de la asiática es inadmisibles por la razón de que, en tal caso, la noción de *león*, *caballo*, etc., lejos de faltar a los súmeros, habría existido y perdurado en las tradiciones americanas como recuerdo del lejano *kar* o patria de origen donde esos animales abundaban.

No queda, pues, sino una hipótesis sostenible: la civilización asiática, esa civilización que ha ejercido una influencia tan primordial sobre los destinos de la humanidad, mediante su acción sobre Egipto y Grecia, ha de ser de origen americano. Línea de dirección: desde la región sin *león* y sin *caballo* hacia las regiones en las que el león y el caballo abundaban. Además, los súmeros debían llevar consigo los principios de su propia civilización. ¿Aconteció esto?

Véase si no. La analogía entre las religiones heliolátricas mejicanas y las centro-asiáticas y egipcias, ha sido puesta en relieve por muchos especialistas en historia comparada de las Religiones. El culto solar de Tonatiuh y el lunar de Metztli o Tecciztecatl ha sido estudiado comparativamente con los cultos asiáticos, y la identificación de los elementos esenciales, ha sido completa. Otra circunstancia notable es que el culto lunar en Méjico, como en Asia, ha tenido en algunas localidades prelación sobre el solar. Las dos grandes pirámides que aun pueden verse en las cercanías de la antigua Teotillacan, lo prueban. La luna sola era la principal divinidad de los habitantes de Xaltocan y de la provincia de Meztillan, a orillas del Huasteca. Y ya que he recordado las pirámides, no estará demás nombrar la dedicada a Xochiquetzal, la diosa de las flores y de los amores, la Venus mejicana, y que aun existe en Xochicaleo, al sur

de Cuernavaca. Hacer referencia a las pirámides de Egipto relacionándolas a las mejicanas, es ya común; desde el punto de vista, empero, en que nos colocamos en este estudio, ese recuerdo deja de ser obvio. Sabido es, en efecto, que entre los puntos difíciles del problema sumerológico cuéntase el de la relación que tuvo ese pueblo misterioso con el Egipto. Si admitimos su procedencia de América, he ahí la dificultad allanada, y he ahí explicada la acción ejercida sobre la civilización egipcia por los súmeros, probándola en forma verdaderamente monumental con las peculiaridades arquitectónicas de las pirámides.

Y aquí siento mi tesis: la civilización del Asia central, tal como ha sido creada por los súmeros, es un trasplante de la civilización americana prehistórica.

¿Qué civilización ha sido ésta? Ha sido la civilización que floreció en América toda una era antes de los Incas. Estos heredaron de ella elementos importantes de civilización, lingüísticos, toponomásticos y, especialmente, religiosos. Las imponentes ruinas que se elevan al sur del lago Titicaca, actualmente a unos 4.000 m. sobre el nivel del mar, nos hablan en lenguaje del más intenso interés de esa civilización desaparecida. Que esta civilización debía ser de un tipo francamente superior, como peculiaridad de un pueblo numeroso y perfectamente organizado, pruébanlo las proporciones enormes de esos restos, que cuentan con piedras labradas de tamaño tan descomunal como para haber constituido un serio problema de ingeniería su solo transporte y su colocación arquitectónica. Nada digamos de la técnica con que han sido esculpidas, ni de la ciencia con que fueron calculadas y medidas al milímetro sus exactas proporciones.

En un trabajo publicado no ha mucho en Buenos Aires, afirmóse que esas enormes piedras se mantienen en su lugar por la sola perfecta combinación de sus cortes, sin argamasa ni mezcla de ninguna clase. Y en los dibujos que ilustraban esa misma publicación, podíase comprobar aquello que viajeros y exploradores están contestes en afirmar, acerca de esas cicló-

peas construcciones, es decir, la notable perfección de las molduras y la simetría de las ornamentaciones, que bien ponen de manifiesto el buen gusto artístico y la habilidad en el cálculo de sus autores. Las numerosas estatuas y las esculturas que han quedado, son un testimonio bien claro de la antigüedad de esa civilización, pues para llegar a semejante grado de técnica social (dado que en esas obras, como en las de Asia y Egipto, el genio individual no existe para nada) es indispensable una larga evolución. Y una pregunta de paso: ¿de dónde extraían esas piedras, si los viajeros declaran sin divergencia que, dada la naturaleza del terreno, ninguna cantera pudo existir en las cercanías? Análogamente a lo que aconteció en Egipto, esos enormes monolitos hubo que traerlos de lugares muy remotos. Pero dese cuenta el lector de las proporciones: algunos miden m. 12 x 2, y otros 9 x 5 x 2, de modo que solamente bien pocos obeliscos y estatuas de Egipto los exceden. La civilización egipcia, ha sido caracterizada a menudo como una civilización monolítica. Por motivos idénticos ¿no podría llamarse civilización monolítica la americana que estamos considerando?

¿Cómo podría fijarse aproximadamente la época en que floreció esta civilización?

Que yo sepa, no ha sido estudiado el problema con el detenimiento que merece. Ciertamente es que hay que remontar muy alto en la alborada de los tiempos, para dar con un punto de apoyo digno de una hipótesis sostenible; y muy serias son las dificultades que se oponen a cualquier cálculo más o menos aproximado. Téngase en cuenta, en efecto, que el principal elemento de cálculo debe ser una conmoción sísmica, una catástrofe telúrica que hubo de modificar radicalmente las condiciones de vida en aquellas regiones. Se ha observado más arriba que las ruinas de Tiahuanaco hacen presuponer la existencia de una población densa, como condición indispensable para la producción de obras públicas de tan magnas proporciones. Ahora bien: una población densa implica a su vez, como circunstancia previa, una intensa producción agrícola e industrial, una creación organizada y formal de la riqueza, capaz de permitir guerras su-

ficientemente importantes como para acarrear un contingente de población esclava adecuada a esos grandes trabajos, o suficiente para mantener con su trabajo forzado unas castas o clases superiores con poder para imponer a las masas subyugadas esos esfuerzos sobrehumanos.

Pues bien: esa región, actualmente a unos 4.000 m. sobre el nivel del mar, según se ha dicho, no puede alimentar más que una escasa y miserable población, pues a esa elevación ningún cereal madura, y sin cereales no hay agricultura, sin agricultura no hay ciudades y sin ciudades, por definición, no hay civilización. Luego esa región, en la época a que se hace referencia, hallábase a un nivel mucho más bajo; inducción confirmada, por lo demás, fuera del campo histórico-sociológico, por las observaciones geológicas. Pues eso justamente ha sido aquello que indujo a los escritores españoles, Cieza de León, Garcilaso de la Vega y otros, que fueron los primeros en observar las ruínas de Tiahuanaco, a declarar sin mayores pruebas pero sin vacilación, que esas ruínas atestiguaban una civilización muy anterior a la incásica.

Claro está que el interés ofrecido por estas ruínas resultaría al final bien relativo si quedara todo él agotado en la admiración que nos inspira la magnitud monumental de las obras originarias y la habilidad de arquitectos, ingenieros y operarios, y el alto grado de evolución de esa civilización; pero sin quedar reforzado por dato alguno positivo que nos permitiera descubrir uno de esos rasgos fundamentales que sirven de hilo al Ariadna en el laberinto de la vida de un pueblo desaparecido centenares de siglos ha.

Por fortuna las humanidades magníficas de las que hemos heredado esos monumentos, no han dejado de poner en ellos para todos los tiempos la clave del secreto de su alma. El culto solar, que desempeñó más tarde un papel tan importante en las civilizaciones posteriores, azteca, incásica y súmerica-acadia, quedó grabado allí en forma inconfundible. Los prácticos en historia comparada de las religiones, descartan, sin más, en este caso, toda posibilidad de coincidencia casual, evitando el

error común a los imperitos de no tener en cuenta el nexo de ideaciones religiosas muy separadas en el tiempo o en el espacio.

Si en dos o más religiones hay una ideación teológica y ontológica equivalente, realizada en un culto y liturgia afines, esas religiones son o interdependientes o provienen de una fuente común. Si, pues, el pueblo monolítico de Tiahuanaco nos ha dejado señales seguras de que la idea central de su civilización era el culto solar cabe afirmar que este culto se ha originado con él y por él ha sido propagado a las civilizaciones posteriores americanas y asiáticas, habiendo sido para éstas fuente común.

Y de que efectivamente las cosas han pasado en esta forma, nos lo documenta uno de los mejores de esos monolitos el cual, además de otras ventajas, ofrece la de haber sido reproducido muy a menudo por la fotografía y el grabado, resultando, de esta suerte, familiar aun para el lector común. Refiérome al famoso portal. En él la idea central de la civilización monolítica, es decir el culto solar, está claramente fijada. Cortado, dicho portal, en una sola piedra enorme, el arte de esculpir, medir, etc., han hecho en él verdaderos prodigios. En su centro domina una figura, una personificación sagrada. Los rayos que rodean su cabeza; los símbolos accesorios que lo caracterizan; el cetro que lleva en cada mano, y cuya parte superior remata en una cabeza de ave; los adornos análogos a los peculiares de la figura solar en la iconografía incáica, no dejan lugar a duda: esa figura simbólica es el Sol. A cada lado de la figura central se ven tres filas de figuras arrodilladas, ocho en cada fila; todas, llevan cetro, y están coronadas. Unas tienen cabezas humanas, otras cabezas de ave. Un hermoso motivo ornamental corre a lo largo de la piedra, y termina a su vez en una especie de fantasía de cabezas de aves y tres cabezas humanas.

He ahí indicado el culto solar, en una escena de adoración de toda la naturaleza: la tierra personificada en su más noble criatura, el hombre; el cielo simbolizado por las aves que gozan del privilegio de elevarse en él, acercándose a la divinidad.

Dejamos, pues, sentado este postulado de importancia fundamental: la idea central de las civilizaciones americanas y asiáticas, la idea germen de la que surgió toda la evolución posterior de esas sociedades primordiales, es decir, el culto solar, tiene sus orígenes en la civilización monolítica de América.

Un intervalo de muchos siglos ha de haber mediado entre la desaparición del imperio monolítico, causada, a no dudarlo, por el recordado cataclismo sísmico que hizo inhabitable esa región para una población numerosa, y el surgimiento del imperio incásico. El silencio multiseccular de un pueblo muerto ha de haber hundido en el olvido muchos y muy importantes rasgos de esa civilización. Pero el fundamental, el que formaba el alma del alma de ese pueblo, se ha perpetuado a través de los tiempos, llegando, por el orfismo, mitraísmo y cristianismo, hasta nosotros.

Muchas tribus inorgánicas deben haber ocupado esa región cuando el fuego interno la elevó hasta su actual altura. La lengua primitiva se fraccionó en muchos dialectos, el *aymara* y el *quichúa* entre ellos, y en la misma época en que Europa emprendía la epopeya de las Cruzadas, los Incas iniciaban su imperio, determinando así el predominio de su dialecto. Como es sabido, subyugaron y asimilaron las otras tribus aymarás, chibchas, etc., imponiéndoles sus leyes y costumbres. Pero el culto solar heredado permaneció inviolable.

Preséntase aquí una objeción. En la costa septentrional del Perú floreció otra civilización primitiva que, no obstante haber sucumbido ante la incásica, nos ha dejado suficientes elementos para su apreciación. Las excavaciones hechas por Reiss y Stübel en Ancón, y el estudio de las tumbas allí halladas, como asimismo algunos monumentos importantes, tales como el palacio llamado "Gran Chimú" cerca de Trujillo, han permitido determinar el carácter exótico y sin vinculaciones de esa civilización, recalcado particularmente por la circunstancia comprobada por los expertos de que su lengua no ofrece afinidad alguna con las otras lenguas americanas (*Arte de la lengua yunga de los valles del obispado de Trujillo*, por don

Fernando de la Carrera, Lima 1644). Es este un detalle de suma importancia, pues viene a destruir la inferencia que, sobre un dato de Balboa (*Miscelánea austral*, trad. franc. en la colección Ternaux-Compans, 1840) referente a la tradición de que ese pueblo había inmigrado por mar, llegándose hasta fijar el punto aproximado de desembarco en las cercanías de Lambayeque, se ha querido sentar para el origen asiático de la civilización americana. Admitamos como muy probable la inmigración de un pueblo asiático. ¿Qué se prueba con ello? Nada en favor de la tesis asiática y todo en favor de la americana. Si ese pueblo, en efecto, al establecerse en este continente, no sólo no ha conseguido ejercer ninguna influencia civilizadora, sino que ha permanecido extraño a todo el juego de ideas y sentimientos predominantes entre los pueblos autóctonos, quiere decir que nada se deriva de él en el movimiento evolutivo de los pueblos americanos anteriores a la invasión ibérica.

La fuerza propulsora de este movimiento ha sido, pues, inquestionablemente el pueblo monolítico de las ruínas de Tiahuanaco, cuya tradición tan honda huella ha dejado especialmente en la civilización incásica, no obstante el largo intervalo de desintegración que mediara entre el fin del primer imperio y los comienzos del segundo.

Hablan decididamente en favor de esta tesis los mitos solares que giran alrededor de la idea de que el sol habría aparecido por vez primera sobre el lago Titicaca; luego que el gran dios se habría hecho conocer allí originariamente, y allí habría sido creado el primer hombre. Como se ve, precursores tuvo, y de mucho abolengo, Ameghino. Aquí bastará insistir en que la religión solar era el centro de esa civilización.

La figura esculpida en el portal monolítico de que hablé, el Sol invicto y omnipotente, el Mitra de la prehistoria americana ha sido el que más tarde fué llamado Viracocha. Sin detenernos en las inseguras etimologías de esta denominación, para cuya apreciación sería necesario un conocimiento de las lenguas americanas que mucho lamento no tener, notemos como su culto era servido por la flor de la casta dominante, incorpo-

rándose en esta forma, después de la desaparición del antiguo Imperio, a la religión incásica. A esta misma tradición pasaron otros nombres del dios omnipotente Sol: *Con, Illa, Ticsi, Pachayachachi, Pachacamac*, todos ellos significando "luz", "brillo", "luminosidad", etc., evolucionando *pachayachachi* al concepto más complejo de "maestro y rey del Universo" (Leonardo Villar, *Viracocha*, Lima, 1887). En un estudio excelente de Samuel A. Lafone Quevedo (*Ensayo mitológico. Los Himnos sagrados de los Reyes del Cuzco*, La Plata, 1892) pueden hallarse datos de importancia decisiva acerca de la elevación y alta espiritualidad de ese culto.

Volviendo, ahora, a los súmeros, originarios de la región montañosa situada al este de Asia, región en la que no se conocía el león, el caballo, la vid, ni la palmera, podemos suponer su emigración al Asia central unos sesenta o setenta siglos antes de la era vulgar, época en que se puede calcular que el imperio monolítico entraba en una de esas crisis llamadas de progreso, en que la población en aumento, las exigencias de la vida ampliadas y hechas más difíciles por el tipo de existencia más complicado, y las demás circunstancias que se han podido observar en la Europa de mediados del siglo pasado, determinaron fuertes corrientes emigratorias, las mismas que en la antigüedad tomaban los caracteres de verdaderas Primaveras Sacras. Como hemos notado ya, llevaron consigo los elementos de su civilización, y muy en particular esa religión solar que desde el Asia central no tardó en irradiar por todo el mundo conocido. Que este culto no ha podido ser originario de las regiones asiáticas, infiérese fácilmente de la circunstancia que sólo pudo florecer en un período avanzado de civilización agrícola, al paso que entre las poblaciones asiáticas primitivas, ninguna había pasado de la fase nómada-pastoril. Pero bajo la acción de esa inmigración americana las divinidades autóctonas centro-asiáticas no tardaron en metamorfosearse en divinidades solares. Y he ahí como todo núcleo de población, grande o pequeño, se convierte como por ensalmo en un centro de culto solar. No solamente en Sippar, al norte, y Larsa, al sur,

la religión solar va tomando extraordinario desarrollo, sino que la divinidad patronal de *Schirpurla* o *Nin-girsu* se convierte en divinidad solar; el dios *Nergal*, adorado en otro centro importante, Cuthab, ofrece también todos los caracteres de una divinidad solar, como así mismo los ofrece *Ta-mal-mal* de la poderosa ciudad de Kish; y el gran *Marduk*, antiguamente simple divinidad local, elevase en dignidad conjuntamente con el desarrollo de esa civilización bajo el influjo semita; y, al transformarse en el Dios supremo, asume todas las características del dios Sol.

Pero la activa propaganda heliolátrica de la raza americana es incansable. Un sinnúmero de divinidades secundarias pertenecientes a ciudades y lugares de menor cuantía, son de carácter distintamente solar. Bajo la acción de la misma tendencia a la sistematización de las creencias que hubo de determinar, en la civilización monolítica de América, la concentración de las divinidades menores en la divinidad preponderante de *Viracocha*, vemos en centro-Asia los varios dioses solares locales llegar a ser considerados, en el transcurso del tiempo, como formas o manifestaciones de un solo fenómeno, aun cuando en la teología asiática no se llegó nunca a un monofisismo tan definido como en la americana. La teología asiática demostró en seguida esa propensión a la concepción de la Trimurti que, por Egipto y Grecia, pasó al mundo cristiano en el que provocó el concepto de la Trinidad. Puede así decirse que los asiáticos *Shamash*, *Ninib* y *Nergal* son tres personas en un solo dios, fácilmente identificable en el americano *Viracocha*. En el fondo, simbolizaban las tres fases de la carrera solar: el pleno brillo del mediodía, *Shamash*; el sol matutino y el primaveral, *Ninib*; el vespertino y otoñal, *Nergal* (Jensen, *Kosmologie der Babylonier: Studien und materialen*, Strassburg, 1890 páginas 457 y siguientes).

Esta ligera diferenciación de la teología asiática con respecto a la americana originaria, se explica fácilmente teniendo en cuenta los dos aspectos que el sol, como potencia máxima de la naturaleza, presenta en un clima como el asiático tan dife-

rente del americano. En primavera es allá el sol una potencia benéfica que trae el buen tiempo y restaura la vida y la vegetación; en el verano, en cambio, es un poder destructivo que con sus rayos sofocantes acarrea enfermedades y sufrimientos, y en no pocos casos la muerte.

Aquí viene a mano una prueba más del origen americano del culto solar asiático. He consignado más atrás la peculiaridad religiosa de algunas tribus americanas, es a saber, la de atribuir en su culto, preferencia a la luna sobre el sol. Pues bien: los mejores orientalistas están contestes en reconocer que la denominación de *Shamash* hubo de significar “servidor”, y parece proceder de una época en que también en Asia el culto de la luna gozaba de preeminencia sobre el del sol. Y yo me pregunto: *Shamash* y *Viracocha* ¿no tendrán el mismo significado? Como quiera que esto haya sido, así como las tribus americanas de Meztlitlan y Teotinanac atribuían a la luna o *Metztli* o *Tecciztecatl* mayor dignidad y poder que a Tonatiuh, el sol; de la misma manera en varias regiones del Asia, *Sin*, la luna, era divinidad superior a *Shamash* “el servidor”. Para el Asia tenemos inscripciones en las que, al consignar la enumeración de divinidades, la lunar es casi sin excepción nombrada, antes que la solar.

La evolución posterior de la heliolatría asiática es en un todo análoga a la de la americana, especialmente por la introducción de ideas éticas. Acá y allá, el sol, representado ideográficamente como “el dios del día”, es adorado no solamente como símbolo de luz y como la fuerza bienhechora que vence y rechaza las tinieblas y las tempestades invernales cubriendo la tierra de vegetación; sino como el dios creador, en la humanidad y en la naturaleza, del orden y de la armonía. Como quiera que su luz alumbrá todos los ámbitos oscuros, atribúyesele el poder de librarnos del mal identificado en la “tiniebla”. Léanse en el ensayo citado de Lafone Quevedo y en los textos reproducidos en las historias del Oriente antiguo las invocaciones al dios que otorga salud (el Apolo helénico), que libra del sufrimiento combatiendo los espíritus malignos (el

mito de Heracles-Hércules), y se hallarán expresiones de una extraña analogía con el "Padre nuestro" cristiano. En los ritos simbólicos prescriptos en conexión con el rezo de determinadas fórmulas mágicas, nótase el mismo detalle litúrgico (pasado de lleno al cristianismo en el rito de la *Misa*) de elegir las horas de la madrugada, cuando el imperio del mundo y de la vida es asumido por *Shamash-Viracocha*. De la misma manera, el dios solar trae a luz los crímenes ocultos y castiga al malhechor. Llega a ser, así, un símbolo de justicia, y el epíteto acaso más frecuente que en los himnos y textos históricos se le aplica, es el de "juez del cielo y de la tierra" (1). Sobre estas ideas he de intentar una interpretación que espero ha de ser decisiva, de las pinturas indígenas de Córdoba, no bien el señor José León Pagano ponga a mi disposición el abundante material por él recogido sobre el lugar y que gentilmente me tiene prometido.

Podemos, pues, llegar a una conclusión.

La solución del problema sumerológico se hallará cuando los orientistas se decidan a incluir en el campo de sus investigaciones la América prehistórica.

Por lo pronto, pareceme que dejo determinada la región originaria de los súmeros por las circunstancias siguientes:

- a) era una región montañosa;
- b) hallábase situada al Este del continente asiático;
- c) nunca había existido en ella el león, el caballo, la vid, ni la palmera;
- d) su lengua tenía estrechas afinidades con la yacuta hablada en Siberia, puente probable para las comunicaciones entre América y Asia;

(1) Tiele, *Gesch. der Rel. im Altertum* (Gotha, 1896); Hommel, *Grundriss der Geog. und Gesch. des Alten Orients*,² (Munich, 1904); Barton, *A Sketch of Semitic Origins*, (New York, 1902); Lagrange, *Etudes sur les religions semitiques* (Paris, 1905); Meyer, *Gesch. des Alternatums*,² (Stuttgart, 1909); Jeremias, *Lehrbuch der Religionsgeschichte* (Freiburg, 1897) vol. I, págs. 163-221; Bassi, *Mitologia Babilonese-Assiria* (Milano, 1899); Fernando de Santillana, *Relación publicada por X. de la Espada* (1879); Montesinos, *Memorias*, Ed. X de la Espada; *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú*, anónimo, ed. X. de la Espada.

- e) las estatuas y cilindros-sellos, especialmente las dos cabezas de la época de Gudia, las figuras sentadas del zócalo del vaso de Tello, la mujer súmera del museo del Louvre, que presentan la peculiaridad extraña para Asia de los rostros masculinos imberbes y los pómulos salientes, son ejemplares típicamente americanos;
- f) la religión heliolátrica, que es el rasgo característico de las civilizaciones centro-asiáticas, ha tenido su origen y su centro de propagación en América, especialmente en el imperio monolítico, de donde irradió primeramente hacia Asia y luego pasó a todo el mundo perpetuándose, mediante Egipto y Grecia, en el cristianismo como síntesis de las religiones orientales (entre las que predominaba el mitraísmo) y de la teología neo-alejandrina en su totalidad desarrollada de los cultos solares;
- g) por último, va una prueba cumulativa que puede decidir la cuestión: en algunas tribus americanas antiquísimas la divinidad solar estaba subordinada a la lunar, peculiaridad que no tardaron en repetir en ciertos puntos y bajo determinadas circunstancias, las divinidades autóctonas de Asia, bajo el influjo de la inmigración americana.

Si todo esto puede darse por bien probado, el problema sumerológico ha de considerarse, sino aclarado definitivamente, por lo menos como en camino hacia una solución satisfactoria. Admitiendo, en efecto, el origen americano de ese pueblo extraordinario, todas las dificultades etnológicas, lingüísticas, culturales y sociales desaparecen como por ensalmo. ¿Los súmeros provenían de una región montañosa? He ahí la cordillera andina. ¿Esa región se hallaba al este de Asia? La única región al este de Asia es América. ¿Era esa una región en la que nunca se había conocido el león, el caballo, la vid ni la palmera? Si hubo jamás una región del mundo absolutamente desprovista de esos seres, ha sido América. ¿La iconografía súmera ofrece esa anomalía para Asia de presentar figuras lampiñas y de pómulos salientes? Pues esos son caracteres tí-

picos de las razas americanas. ¿La religión heliolátrica es por naturaleza extraña a las razas semíticas que ocuparon sucesivamente el continente asiático? Pues esa religión constituye justamente el rasgo más original y característico de las civilizaciones americanas.

El horizonte científico se ensancha y la investigación, encerrada hasta aquí en el círculo encantado del mundo clásico derriba sus vallas y se lanza sobre los rastros de civilizaciones que, después de haber encendido la chispa del espíritu en la vida de la humanidad, parecían haber perecido en la noche de un olvido sempiterno. Los estudiosos no han de retroceder ya. Y no ha de pasar mucho tiempo antes que la influencia universal y originaria ejercida por las civilizaciones americanas, quede palmariamente demostrada.

Acaso esta nuestra época, en que el viejo mundo parece gemir bajo el aplastamiento de una decadencia irremediable, concluya como resultante de un ciclo histórico agotado. Acaso la civilización declinante en la Europa suicida, busque para un nuevo "ricorso" su cuna primitiva, en la que pueda refrescar la vida como en fuente originaria según el concepto genial de Maquiavelo.

Pero ¿dónde está? La respuesta fluye de lo dicho hasta aquí: en la cuna de la raza sumérica, de la raza que ha dado vida a la civilización universal.

Y he ahí como el genio de Colón, que salvó del naufragio la sociedad del siglo XVI, podría muy bien señalar a nuestra aciaga humanidad la ruta de un nuevo despertar y de un nuevo destino.

Clemente Ricci.